

## HOMENAJE A DON JOSE GALVEZ EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

*(Sesión Pública del 23 de Julio de 1985)*

### DISCURSO DEL ACADEMICO DON JUAN RIOS

Augusto Tamayo Vargas ha querido que lo acompañe en este homenaje. He aceptado con profunda gratitud su generosa invitación. Pero bien sé que mis palabras constituyen innecesario prelude de su exacto y luminoso discurso.

Un hondo y claro verso de Antonio Machado ("Lleva quien deja y vive el que ha vivido.") podría definir y sintetizar el destino y la transfiguración de José Gálvez. El siete de agosto el Maestro sin tacha cumplirá cien años. Cumplirá los primeros cien años de una vida identificada para siempre —más allá de las contingencias de la memoria o del olvido— con la pasión y la esperanza del Perú.

José Jiménez Borja ha recordado que José Gálvez fue, como deseaba Gracián, "hombre de todas horas". Amó a Erato y a Calíope. Sensitivo y musical cultivó su "Jardín cerrado". Con fulgurante y sonora voz entonó la "Canción de la Juventud" y el himno heroico. Y en las jornadas cívicas supo transformar la áurea lira en arco de combate.

Bondadoso estoicismo, ilimitado desprendimiento, serena rebeldía, sacrificada entereza e insobornable rectitud fueron las virtudes esenciales del señero varón a quien al honrar, me honro. La vida que vivió fue ejemplar y pura. La que desde su muerte corporal vive y vivirá se confunde invisible y silenciosa con la vida de su patria.

No me parece del todo inoportuno repetir ahora el texto que hace veintiocho años leía en la Universidad de San Marcos:

Joven es quien tiene el alma joven. Y maestro de verdad, el que enseña con su ejemplo. Cantor de la Juventud fue José Gálvez cuando sus cabellos eran negros. Maestro de ella fue cuando adquirieron el color blanco de su alma. Si el pesar se hiciera verbo, si yo tuviera aún la luz de mis veinte años podría quizás hallar el adecuado acento para decir lo que su digno y suave magisterio, su cátedra rebelde y permanente de civismo, significó para el Perú contemporáneo. Pero hay momentos en que el rocío del dolor sepulta las palabras, y las flores del corazón se mueren de tristeza en la garganta. Y sólo la pura voz de los que ignoran todavía las heridas de la realidad en la carne de los sueños, sería capaz de expresar lo que hay de afirmación vital en esta muerte, lo que de ella ha de nacer como una aurora, andando el tiempo.

“Muchas cosas son admirables —dice el trágico— pero ninguna es más admirable que el hombre”. Esto es cierto. Sin embargo, pocos hombres lo son en el sentido pleno, cabal, de la palabra. Porque ningún arte existe, ninguna ciencia, tan difícil como el arte de ser hombre. Numerosos escultores hay, numerosos poetas. Pero son escasos los que forjan como una estatua su alma, los que dan a su vida la armoniosa, inmaculada tersura de un poema. Sobre estos seres —famosos o ignorados— invisible, tenaz, el destino de la humanidad descansa y marcha hacia adelante. José Gálvez fue uno de ellos. Y no es preciso,

para trazar su imagen fidedigna, recurrir a las solemnes y transitorias galas de la figuración política. Pues los honores oficiales sólo significan algo, cuando, en casos como éste, la sacrificada, desnuda austeridad de una existencia, confiere el único título definitivo de nobleza, la única garantía indiscutible de permanencia en la memoria exigente y fiel de todo un pueblo.

En más de una ocasión, cuando el Perú bajo los pies de los usurpadores agonizaba, cuando la ignominiosa música del silencio crecía en torno de las cárceles, la esperanza del pueblo, la esencia misma de la libertad, anidó en la acusadora voz de José Gálvez. Y en un país donde tantas brillantes promesas juveniles han sido como un alba que se extingue antes del día, en una época en que el idealismo suele ser una embriaguez que demasiado pronto conduce a la claudicación y la amargura, su invicta rebeldía, su sereno quijetismo de ojos abiertos, su fecunda soledad rodeada de humanidad por todas partes, constituye el mayor ejemplo de dignidad ofrecido desde la muerte de González Prada.

Exaltó la juventud y el héroe. Cantó mejor que nadie las humildes cosas en que el alma popular viste de fiesta. Luchó por la libertad. Defendió la indivisible paz de todos los pueblos. Fue altivo en la derrota, y modesto en la victoria. Llevó sus santas canas como el siempre joven mar lleva la espuma. En su ancha sonrisa la primavera eterna florecía. ¡Fue un hombre, un hombre como deberían ser todos los hombres, José Gálvez! Su amor abrazó el Perú como la obstinada hiedra abraza el árbol centenario. No habrá muerte para él, mientras la libertad abra las alas.